

Entre Enero y Febrero de 2001, Venezuela fue objeto de comentarios internacionales por diversas razones. El señor George W. Bush asumió la presidencia de Estados Unidos y nombró su gabinete. En Colombia, México, Centroamérica, Perú y Chile se registraron sucesos dignos de mención. En el plano mundial, la opinión pública se interesó en acontecimientos y problemas relacionados con la globalización y la dinámica Norte-Sur, la estrategia militar, la salud pública y el terrorismo.

El socialismo democrático ganó una victoria en Portugal mientras se defendía de ataques en Alemania. Israel tomó una decisión electoral que repercute en las perspectivas de paz o de guerra en el Medio Oriente. Ocurrió un dramático cambio de gobierno en el Congo.

DEMETRIO BOERSNER

Venezuela ante el mundo exterior

Los observadores internacionales siguieron con interés y con algo de preocupación la evolución de los dos conflictos internos que conmocionan al país: entre el Estado y la Educación Privada, y entre el oficialismo y el sindicalismo libre.

El país fue objeto de comentarios irónicos o humorísticos en la prensa extranjera con motivo del llamado "caso de las pantaletas", tan innecesariamente publicitado por ciertas autoridades. Tampoco fue bueno para nuestra reputación como nación, el escándalo que armó en Washington una funcionaria poco diplomática en protesta por un traslado normal y correcto.

Las fundadas denuncias sobre la inseguridad de nuestras fronteras y la actuación impune de bandas extorsionistas colombianas en territorio venezolano coincidieron con las protestas de autoridades extranjeras contra los contactos secretos de un hombre de confianza de nuestro gobierno con elementos subversivos de otros países. Sobre estos datos de aparente tolerancia ante la guerrilla izquierdista colombiana, y de contactos con su dirección y la de fuerzas radicales ecuatorianas y bolivarianas, se edificó una teoría (ojalá que infundada) de presunta colusión estratégica entre Caracas y la subversión neocomunista en el norte y centro de Sudamérica.

El mes culminó con el anuncio de que el canciller José Vicente Rangel pasará al ministerio de la defensa y que el despacho de relaciones exteriores quedará en otras manos. No obstante, las muchas críticas que hemos formulado a la política exterior de este gobierno y algunas actuaciones del propio Rangel, lamentamos su salida del MRE: en medio de grandes dificultades, supo actuar con dignidad, respetó a los funcionarios de carrera y el principio de su rotación, y fue siempre caballeroso en el trato con colaboradores y con adversarios.

El ascenso de George W. Bush

El día 20 de enero, George W. Bush fue juramentado como presidente de los Estados Unidos de América. Por el carácter accidentado y cuestionado del proceso electoral de noviembre pasado, y por haber obtenido una votación popular global inferior a la de su contrincante Al Gore, el señor Bush se encuentra en posición vulnerable y se pensaba que extremaría los esfuerzos por reconciliarse con sus adversarios y formar un gobierno de amplitud. Sin embargo -posiblemente por un rechazo demócrata a gestos conciliadores de su parte- el nuevo presidente norteamericano ha escogido otro rumbo: la composición de su gabinete es más bien derechista y sectaria.

En materia de política exterior, sus colaboradores Cheney, Powell y Rice, han emitido señales inequívocamente republicanas y conservadoras. Del internacionalismo y multilateralismo clintoniano, efectuarán un viraje hacia posiciones más unilateralistas, basadas en "el interés nacional y los compromisos con nuestros amigos". Frente a América Latina, ello podría significar un ligero endurecimiento. En casos de conflicto con posiciones latinoamericanas, hasta sería concebible el recurso a medidas fuertes que permitirían al presidente Bush realzar su prestigio ante la opinión pública estadounidense.

Activismo latinoamericano

El Plan Colombia, por el cual ese país recibirá substancialmente ayuda norteamericana y en menor cuantía europea para combatir al narcotráfico mediante la represión y reformas sociales, fue objeto de encendidos debates internacionales. Los países vecinos de Colombia se sienten alarmados ante la probabilidad de que la aplicación de la porción represiva del Plan causará el éxodo de las poblaciones afectadas y del narcotráfico mismo a través de las fronteras. Como lo advirtió el *New York Times* en un buen editorial, la aplicación del Plan Colombia en su versión actual tendrá efecto de descentralizar e internacionalizar

el cultivo y la elaboración de la coca, con efectos adversos para Venezuela, Ecuador, Perú, Brasil y Panamá. El gran diario liberal propone, por ello, que el Plan Colombia sea transformado en un Plan Regional que incluya a los mencionados países en vastos programas, democráticamente concertados de control de drogas junto con reformas sociales que ataquen la raíz de la delincuencia. El destacado estadista Javier Pérez de Cuellar, ex secretario general de las Naciones Unidas y actual vicepresidente y canciller del Perú, se expresó en términos similares.

Dentro del marco de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, y de la problemática del Plan Colombia, debe destacarse la realización, en la zona despejada del Caguán, de la tercera reunión entre el presidente Pastrana y el jefe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), Manuel Marulanda ("Tirofijo"). El encuentro recibió enorme publicidad y suscitó grandes expectativas. Hubo reacciones optimistas ante el trato amistoso que se daban los dos interlocutores y ante sus conclusiones: acuerdo para la puesta en libertad de ciertos prisioneros y para seguir conversando sobre una lista de temas convenidos. Algunos analistas opinan que la posible "línea dura" que Bush podría aplicar en el norte de Latinoamérica está impulsando a la guerrilla a transigir.

Otros piensan, en cambio, que las FARC y el ELN no han cambiado su estrategia fundamental de "guerra larga" y que cada ronda de negociaciones sólo la ven como medio para ganar tiempo y preparar nuevas ofensivas.

En México, el nuevo presidente Vicente Fox desplegó una gran actividad y mantiene un alto grado de aceptación y confianza popular. Ha sorprendido a algunos por su actitud firme ante Estados Unidos: este hombre de centro derecha, tradicionalmente amigo de las élites angloamericanas, les está hablando con energía inusitada en defensa de los intereses mexicanos en materia de migraciones, de comercio y de relaciones laborales. También mues-

tra el afán de refortalecer los vínculos de México con el conjunto latinoamericano, en mayor grado que sus predecesores. En este sentido, ha tomado la iniciativa de invitar a los presidentes Pastrana y Chávez a reactivar el Grupo de los Tres (Colombia-México-Venezuela) creado a comienzos de la década de los noventa como mecanismo de concertación y de integración. La reactivación del G-3 será muy bien vista por los países angloparlantes del Caribe, que lo miran como aliado potencialmente eficaz en una eventual estrategia autonomista subregional. También podría tener el efecto de vencer al presidente Chávez de que Colombia y México son, para Venezuela, socios más importantes y convenientes que Cuba (sin que ello necesite afectar la amistad con ésta). Una buena relación con México, en particular, presenta otras dos ventajas para Venezuela: fomentar el diálogo entre aquel país y la OPEP, y refortalecer nuestra presencia en el Caribe en el marco de un equilibrio triangular.

La subregión centroamericana, y en particular El Salvador, fueron objeto de preocupación y solidaridad por parte del resto de la comunidad hispanoamericana, con motivo del terremoto que asoló a ese infortunado país.

Ecuador y, en menor grado, Bolivia, sufrieron problemas internos de masiva protesta social y política por parte del campesinado indígena, dirigido por vanguardias intelectuales radicales.

En Chile, el ex dictador Augusto Pinochet ha sido enjuiciado penalmente por su responsabilidad en graves crímenes cometidos por su régimen en décadas pasadas. Se fortalece así la tesis internacional de que los delitos contra los derechos y la integridad del ser humano no deben ser objeto de negociaciones de impunidad. Los escépticos se preguntan si la rigurosa aplicación universal de ese principio no tendrá el efecto de frenar eventuales procesos de transición de la dictadura a la democracia en ciertos países. El debate está abierto.

Entre Davos y Porto Alegre

Durante el mes pasado se celebró en el pueblo alpino suizo de Davos la reunión que anualmente congrega a banqueros, industriales, jefes de gobierno y analistas políticos y económicos de los más diversos países, para examinar y discutir la evolución socioeconómica del mundo.

En vista de que el foro anual de Davos suele estar dominado por pensadores de posición centrista, que aceptan el paradigma de la globalización y el rol orientador del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, los críticos de ese paradigma y esas instituciones efectuaron este año un contra-foro simultáneo en la ciudad brasileña de Porto Alegre.

Los participantes en el evento de Porto Alegre eran personas de persuasión diversa: ambientalistas, luchadores por la equidad social, defensores del Estado Nacional democrático e internacionalistas radicales, pacifistas y neobolcheviques, sindicalistas y filántropos, colectivistas e individualistas, ateos y creyentes. Los une la idea de contraponer a la globalización neoliberal, dominada por el poder de los consorcios económicos transnacionales, un concepto de mundialización humanista y democrática: la visión de una sociedad internacional armónica, basada en la renuncia al lucro excesivo, en una regulación democrática de los movimientos de capital, y en una distribución más equitativa de los ingresos; un orden mundial compatible, al mismo tiempo, con la necesaria protección al medio ambiente y la biodiversidad. En su conjunto, representan una suerte de "nueva izquierda internacional", pluralista y adogmática, que hasta ahora tiene sus principales bases en el Primer Mundo (países industrializados), con participación relativamente menor de gente de los países en desarrollo.

Se desarrolló un encuentro entre representantes de los dos foros discordantes, desempeñando George Soros, el "especulador arrepentido" que asistía a la reunión de Davos, el papel de conciliador entre posiciones extremas. Aunque no

hubo acuerdos ni acercamiento por ahora, en todo caso debe calificarse de altamente importante y positivo el hecho de que esté en vías de institucionalización un diálogo mundial entre los dos grandes bandos –conservador y progresista– en que se divide la humanidad de ayer, de hoy y de mañana.

Ariel Sharon, ¿paz o guerra?

El proceso de paz israelo-palestino basado en los acuerdos de Oslo colapsó, en parte, porque el gobernante laborista israelí Ehud Barak comenzó por estimular esperanzas exageradas, para luego retroceder y provocar decepción y amargura en el otro bando. Más efectiva y sensata había sido la actuación de Rabin y de Peres, promotores de la paz pero más prudentes en la negociación.

La reiniciación de la "intifada" traumatizó a la mayoría de los israelíes y la balanza política se inclinó a la derecha. El liderazgo de ésta se disputó entre Benjamín Netanyahu, presuntamente "moderado" pero en realidad camaleónico y zigzagueante, y el viejo león que es Ariel Sharon, sionista de derecha, de mano dura y reputación de "sanginario". Sin duda, Sharon había provocado con toda intención el colapso de las conversaciones sobre Jerusalén y el reinicio de la violencia.

Su ascenso al poder podría significar el descenso hacia una nueva guerra, pero también es posible que, precisamente por su dureza y el respetuoso temor que inspira, le sea posible hacer avanzar a palestinos e israelíes hacia esa "paz de los valientes" que Arafat reclama. Las condiciones que exigirá serán duras pero claras, y la claridad es de importancia decisiva para que los hombres se entiendan.

DEMETRIO BOERSNER
DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS.
EMBAJADOR DE VENEZUELA.